



Alan Kreider, *The Patient Ferment of the Early Church. The Improbable Rise of Christianity in the Roman Empire*, Grand Rapids 2016, 321 p.

*Santiago Guijarro*

La rápida expansión del cristianismo y, sobre todo, el hecho de que esta difusión fuera acompañada de un arraigo profundo y duradero es un enigma histórico que no deja de cuestionar a quienes se acerca a él. Los historiadores han ofrecido diversas respuestas a la pregunta que plantea este acontecimiento poco común. Hace unos años obtuvo cierto eco la tesis propuesta por el sociólogo norteamericano Rodney Stark en un libro titulado *El auge del cristianismo* (Barcelona 2001). En él mostraba que la conversión al cristianismo fue un proceso complejo en el que las relaciones personales y las redes sociales previas desempeñaron un papel fundamental, identificando al mismo tiempo algunos factores externos que influyeron de forma decisiva en el crecimiento numérico del nuevo movimiento religioso: el variado origen social, el papel de las mujeres, el apoyo de las comunidades judías, la reacción en las plagas y otras crisis sociales, etc. El libro de Alan Kreider que ahora presentamos aborda esta misma cuestión, pero ofrece una respuesta diferente. Para él, el auge del cristianismo no fue el resultado previsible de un crecimiento exponencial, sino el laborioso fruto de la paciencia que dio lugar a un nuevo estilo de vida.

Según Kreider, la paciencia fue crucial en los inicios del cristianismo. De hecho, fue la primera virtud sobre la que los cristianos escribieron un tratado. La expansión del cristianismo fue lenta y se produjo, con frecuencia, en medio de muchas dificultades. Fue, como la fermentación, un proceso gradual, impulsado por la atracción que ejercía el estilo de vida de los creyentes. Para explicar cómo se configuró este estilo de vida, el autor recurre a una categoría elaborada por el sociólogo francés Pierre Bourdieu: el *habitus*. El *habitus* es un sistema de disposiciones del que participa el cuerpo. Es decir, no se trata solo de actitudes interiores (mentales, afectivas o espirituales), sino de disposiciones que tienen una expresión corporal y canalizan la conducta. El *habitus* se configura a través de la socialización, se refuerza con los relatos, ejemplos o modelos, y se reafirma con la repetición. De este modo, se convierte en una especie de segunda naturaleza que determina la forma de actuar. La conversión al cristianismo implicaba la transformación del *habitus*, la creación de un nuevo estilo de vida, que se basaba no en las convenciones sociales, sino en la enseñanza de Jesús. El resultado de este proceso no fue solo la consolidación de las nuevas comunidades, sino también, y sobre todo, la configuración

de una propuesta social alternativa, que operó una profunda transformación de la sociedad antigua.

El libro consta de diez capítulos agrupados en cuatro partes, cuyos títulos dan ya idea de la tesis que propone: 1) Crecimiento y paciencia; 2) Fermento; 3) La formación del *habitus*; 4) La transformación de la paciencia. Al comienzo se encuentra una útil tabla con las abreviaturas de las obras antiguas y modernas más citadas, y al final se incluye una completa bibliografía que recoge las obras citadas a lo largo del libro, así como un único índice que combina materias y autores.

La primera parte (*Crecimiento y paciencia*) contiene tres capítulos. El primero, muy breve, expone en síntesis la tesis del libro, subrayando la paradoja que supuso el rápido crecimiento del cristianismo. En el segundo capítulo, el lector es introducido en la comprensión que los primeros cristianos tenían de la virtud de la paciencia a través de los escritos de algunos autores significativos, desde Justino hasta Lactancio, pasando por Tertuliano o Cipriano, para concluir con una enumeración de los principales rasgos de dicha virtud. El tercer capítulo, el más extenso de esta primera parte, comienza introduciendo de forma somera la categoría del *habitus* antes mencionada, y presenta a continuación una ilustrativa contraposición entre las prácticas religiosas del mundo antiguo y las del naciente cristianismo en tres situaciones vitales diferentes: la vida pública, las prácticas privadas y las situaciones de crisis. Las respuestas de los grupos cristianos revelan un estilo de vida que encarnaba sus convicciones de fe, un nuevo estilo de vida que no pasó desapercibido en su entorno.

La segunda parte (*Fermento*) incluye dos capítulos. El primero de ellos, y cuarto del libro, está dedicado a estudiar en qué sentido y de qué forma los cristianos promovieron el crecimiento del nuevo movimiento. No cabe duda de que los apóstoles y profetas, así como los primeros misioneros, desempeñaron un papel importante en este proceso, sobre todo al comienzo. Sin embargo, fueron las comunidades domésticas, especialmente las mujeres que en ellas tenían un lugar natural, las que hicieron arraigar la nueva fe. Por eso, en el capítulo quinto, estas comunidades se contemplan como espacios donde se cultivó la paciencia, especialmente cuando el rechazo social y la persecución pusieron a prueba la perseverancia. Este rechazo, sin embargo, no impidió que los cristianos se insertaran en el mundo, ni que crearan en aquella sociedad comunidades que se distinguían por su estilo de vida: en la forma de hacer negocios, en el comportamiento sexual, en las relaciones familiares, en la manifestación del poder divino en ellos y por medio de ellos, en la atención a los pobres, en el respeto a la vida, y en la libertad para vivir de este modo. Aunque hubo formas inapropiadas de inculturar la fe, el nuevo estilo de vida de los cristianos se hizo cada vez más visible en sus comunidades.

La tercera parte (*La formación del habitus*), la más extensa, contiene tres capítulos, en los que se estudian los medios a través de los cuales se producía la transformación de los que se hacían cristianos. Al primero de ellos, la catequesis y el bautismo, se dedica el capítulo sexto, que se inicia mostrando algunos ejemplos de lo que suponía el proceso de conversión y de los factores que intervenían en ella: el testimonio de Cipriano, la catequesis de *Didajé*, las apologías de Arístides o de Justino, concluyendo con una exposición detallada del itinerario de iniciación a la vida cristiana que presupone la Tradición Apostólica, un manual en el que se recogen experiencias de varias iglesias, no solo de Roma. Este itinerario tenía tres etapas: 1) El encuentro con los cristianos y la elección de un 'padrino' (*sponsor*); 2) El catecumenado dedicado a la escucha de la Palabra (al que

dedica un amplio espacio, reconstruyendo los contenidos y las formas del anuncio); 3) La preparación al bautismo con la escucha del evangelio; y 4) El bautismo. El segundo capítulo de esta tercera parte (el séptimo del libro) muestra la importancia del culto en la formación del *habitus*. El culto, en efecto, fue decisivo en el proceso, pues a través de sus rituales y ceremonias (eucaristía, oraciones, beso de la paz, etc), en los que los creyentes participaban activamente, estos quedaban implicados también corporalmente, reforzando así lo aprendido en la catequesis y vivido en la vida cotidiana. El capítulo octavo, que cierra esta tercera parte, trata de comprobar todos estos procesos y sus efectos estudiando la *Didascalia Apostolorum*, un ordenamiento eclesiástico procedente de las comunidades de Siria, que constituye el testimonio más detallado de una iglesia en acción en la época preconstantiniana.

La cuarta parte (*La transformación de la paciencia*) complementa la tesis del libro, mostrando que el proceso de paciente fermentación que llevó a cabo la iglesia en sus inicios se modificó con las opciones tomadas en el siglo IV a raíz del reconocimiento del cristianismo como religión lícita. Contiene dos capítulos. El primero de ellos, dedicado a la impaciencia de Constantino, muestra de forma convincente que su actuación y la que promovió en la iglesia cristiana no siguieron las pautas de la paciente fermentación, ni siquiera siguieron los criterios de libertad y de exigencia que habían determinado en los siglos precedentes el crecimiento del cristianismo. Constantino no había transformado su *habitus*, y seguía actuando como un no cristiano, tal como le recriminaba Lactancio. Años después, Agustín de Hipona, a quien se dedica el último capítulo, ofrece ya otra interpretación de la paciencia. También él escribió un tratado sobre esta virtud, pero su forma de entenderla y, sobre todo, de practicarla en las su confrontación con los donatistas pone de manifiesto el cambio radical que se había producido: la paciencia no era ya una actitud que ponía en primer término la voluntad de Dios y la libertad humana, sino una virtud que debía practicar el justo, distinguiendo entre verdadera y falsa paciencia.

Al terminar la lectura del libro se entiende mejor el sentido de su subtítulo (*The Improbable Rise of Christianity in the Roman Empire*). Si la paciencia que propiciaba la transformación del *habitus* no hubiese sido sustituida por la impaciencia de Constantino y de una iglesia que impacientemente aceleró su crecimiento, tal vez el futuro del cristianismo habría sido diferente. Pero no fue así, y tanto el historiador como el creyente deben hacerse cargo de aquel pedazo de la historia del cristianismo que determinó la historia de Occidente.

El libro de Kreider expone con convicción una tesis sobre el auge del cristianismo. Es una obra bien pensada, bien trabajada y bien escrita, detrás de la cual se adivina a un observador que se siente afectado por lo que cuenta, a un estudioso que mira hacia el pasado con la sensibilidad de la venerable tradición menonita en la que ha crecido. Se le podría objetar que su visión del cristianismo preconstantiniano está muy determinada por el conocimiento detallado que exhibe de la comunidad de Cartago, y por los escritos de Tertuliano y Cipriano, que guiaron aquella iglesia e inspiraron a otras muchas. Pero esta es una objeción menor, porque el autor se ocupa de aducir otros testimonios que corroboran lo que en estos encuentra.

En todo caso, tal vez lo más importante que se puede decir de este libro es que intenta (y en el caso de quien esto escribe, logra) implicar al lector. Y no cabe duda de que en el trasfondo de esta implicación, como motivación remota aunque muy presente, se halla la novedosa situación que vivimos los cristianos en Occidente, relegados a una situación

socialmente marginal, que es muy parecida a la que tenían aquellas comunidades preconstantinianas. Quien lee el libro siendo consciente de esto cae en la cuenta de que, aunque no pueda y no deba repetirse hoy al pie de la letra lo que aquellos cristianos hicieron, sí es posible aprender de ellos una lección importante: que –como decía Tertuliano– “los cristianos no nacen, se hacen”; y que la transformación del *habitus* que implica este proceso tiene poco que ver con la eficacia inmediata.